

Reg. 583  
1850

# DISCURSO INAUGURAL

*del curso académico de 1850 á 51*

**EN EL INSTITUTO DE 2.<sup>º</sup> ENSEÑANZA**

**DE LA CIUDAD DE MURCIA,**

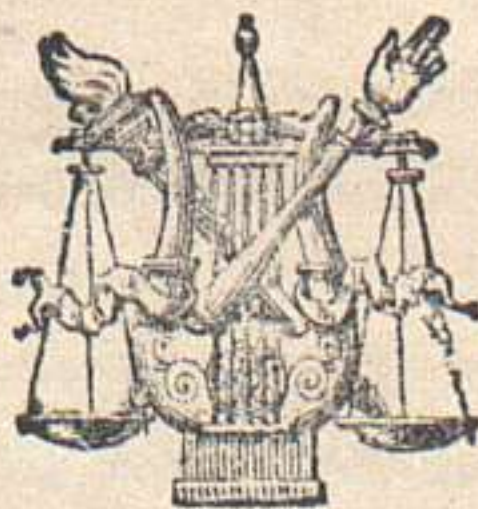
**LEIDO**

en el acto público celebrado el 1.<sup>º</sup> de Octubre de 1850,

**POR DON JUAN ALIX,**

**EX-CATEDRÁTICO DE GEOGRAFÍA**

*del mismo establecimiento.*



**MURCIA.**

de D. José Carlos Palacios, cuatro esquinas de S. Cristoval.

1850.

DMU  
5.996

BIBLIOTECA REGIONAL



1066875

DMU

5996

**G**RANDE debió haber sido, señores, para la humanidad aquel día en que percibidos los íntimos resortes de la inteligencia, tuvo el hombre la conciencia de sus propios recursos y de su superioridad sobre todos los demás seres de la creación en medio de su debilidad física. Todavía más grande hubiera debido ser el día en que por primera vez brilló en el entendimiento humano la luz de aquella verdad sublime que muestra los fueros de la justicia y del bien estar íntima é inseparablemente unidos y encadenados al desarrollo moral de la inteligencia; de aquel principio fecundo y luminoso, base y fundamento de toda felicidad social, que establece la impotencia y nulidad de la violencia, de la opresión y de la tiranía de la fuerza brutal, contra el poder reunido de la sabiduría y de la virtud, que no son cosas estrechamente unidas y ligadas, sino que son una misma y única cosa. Tal hubiera debido ser, y tal hubiera sido en efecto el caso, si estos grandiosos y eternos principios hubieran herido la percepción humana repentinamente y en dos momentos dados, y sobre sus desarrollos, en virtud de un convenio tácito ó expreso, se hubiera establecido la sociedad de los hombres; pero no fue así, señores, la sociedad de los hombres aparece establecida desde antes que hubiera historia, tradición, monumentos; el hombre fuera de la sociedad, y en lo que se llamó estado primitivo en el siglo pasado, es una cosa incomprensible que no resulta ni aun como consecuencia remota de las más abstractas es-

peculaciones. Eso que llaman el hombre de la naturaleza ó es el hombre de la sociedad ó no es nada. Esas hordas de salvajes de América y África que se citan como ejemplos aproximados al hombre en el estado primitivo, al hombre fuera de la sociedad, son todo lo contrario de lo que se ha pretendido; no son otra cosa que fragmentos, residuos de sociedades antiguas que han perecido, como lo prueban de un modo incontestable sus tradiciones. Estos principios primitivos y sus inmediatos que contienen en compendio los fueros y destinos de la humanidad, son una emanación de la inconmensurable sabiduría de Dios instrilados, inspirados y revelados materialmente á las criaturas en el vasto desarrollo de sus efectos y consecuencias.

En efecto, señores, no es el desarrollo espontáneo de la inteligencia el que contiene los elementos cardinales y permanentes de un estado social, ó para explicarme con el lenguaje propio de las escuelas modernas, de una civilización que pueda dar calor y fomento á las semillas en que se halla en embrion el porvenir de la humanidad; es el desarrollo que se realiza á impulsos de las inspiraciones de la eterna sabiduría. Hay en nuestra fábrica una cosa material que simula á la inteligencia puramente espiritual, emanación de la divinidad misma, y que opone fuertes obstáculos á su recto desarrollo, dándole una dirección muy diferente de aquella que le está señalada; tales son los instintos producto de las pasiones. Con muchísima frecuencia los hombres alucinados y perdidos por los destellos de un resplandor falso y fugaz, han abandonado la estrecha vereda iluminada por la razón eterna, y han ido derechos á precipitarse en errores y absurdos lamentables. Solo así y no de otro modo puede hallar una explicación fácil el olvido, el abandono total en que han yacido por una multitud de siglos los principios constitutivos del género humano, entre los cuales resplandecen su unidad, esto es su descendencia de un mismo origen, su fraternidad, la igualdad de los individuos en sus derechos y en sus deberes.

He aquí señores el origen de esas diferencias tan trascendentales en la civilización de los pueblos; de esas instituciones políticas y sociales tan absurdas y tan preñadas del germen de su propia destrucción; he aquí la causa de la ruina completa de imperios de formas tan seductoras y de dimensiones tan colosales, de ese estado estacionario ó retrogrado en

que se encuentra la cultura de naciones que blasonan de una antigüedad mayor que la del mundo y de una perfección inimitable en las artes. Este es el origen de la división de la especie humana en castas, de la distinción de los hombres libres de los esclavos, del dominio de vida y muerte de los primeros sobre los últimos. ¿A qué ha conducido esa civilización de tan exagerada antigüedad y sabiduría que se atribuye al oriente? A la más completa abyección y nulidad. La India ha sido presa de todos los aventureros que se han presentado con las armas en la mano, sin necesidad de hacer uso de ellas, y últimamente ha venido á ser objeto de especulación de una compañía de mercaderes. La China sobre cuya cultura, antigüedad, literatura y refinamiento tanto se declamó el siglo pasado y, cuyas ilusiones se han casi del todo desvanecido en el presente á la luz de nuevas investigaciones históricas y filológicas, la China con su cronología de millaradas de siglos, con sus adelantos estacionarios en las artes, con sus trescientos y tantos millones de habitantes, la China que con su deísmo ó religion filosófica, ó mejor aun, con su ateísmo, presenta uno de los más bellos ejemplos vivos de la realización del desiderandum de la filosofía francesa del siglo pasado, ha sido conquistada más de una vez por los Tártaros, y hoy en día está sometida á una dinastía tártara. Mas, una ciudad china que cuenta una población de dos millones de habitantes, no ha podido sostenerse un mes contra una expedición europea de seis mil hombres. ¿Que fue del imperio persa? ¿Que se hizo de la dominación romana? ¡Cuan efímero y fugaz fue el imperio árabe que amenazaba absorber toda la tierra! Aun existe la sombra del imperio turco á cuyos funerales están invitadas las presentes generaciones, para que presencién un ejemplo palpitante del destino que cabe á las falsas civilizaciones, á los estados sociales fundados en principios falsos, en principios que se apartan de los que han sido inspirados por la razón eterna del creador de todas las cosas.

En medio de la decadencia y desplomamiento de todas las civilizaciones antiguas, aparece una nueva civilización grande, perfecta, humanitaria, guarecida bajo los principios eternos de la sabiduría y de la justicia de Dios; nace una sociedad nueva, flamante, cimentada, no sobre la sangre y destrucción de los pueblos, no sobre las victorias y conquistas militares, sino sobre la muerte del justo, sobre la persecución, sobre

el suplicio de los mártires, sobre los milagros mas portentosos, sobre la predicacion de las máximas mas puras, de las doctrinas mas recónditas, de las verdades mas sublimes y fulminantes. Pero estas máximas, estas doctrinas, estas verdades no se anuncian á los hombres con el lenguaje artificioso de la elocuencia, ni con los racionios seductores de la dialéctica; se revelan sin artificio, brillan por sí mismas, se predicán por hombres de condicion humilde, de entendimiento inculto, y sin embargo arrastran á los hijos de todas las naciones, á los prosélitos de todas las creencias, sectas y cultos, á los hombres de todas las condiciones, y sirven de fundamento al establecimiento de la nueva sociedad, de la nueva civilizacion, de la Iglesia cristiana. Esta civilizacion no está circunscrita á una region particular, á un periodo de tiempo, á un solo pueblo; ella es universal, eterna; á ella están llamadas todas las generaciones pasadas, presentes y futuras hasta la consumacion de los siglos. Los principios fundamentales de esta nueva sociedad tienden á la compresion de las pasiones instintivas y seductoras, al desarrollo progresivo de la inteligencia, á la restauracion de la dignidad de la razon humana. Esta civilizacion no es pues producto de las especulaciones de la filosofia, no tiene su apoyo en fundamentos variables y vacilantes como son los racionios de los hombres, tiene su principio y su fin en la eternidad.

Entre estos eternos principios resplandece el de la fraternidad de todos los hombres, el de su igualdad ante Dios en derechos y en deberes. Ellos consagran la propiedad y la familia; ellos establecen la caridad recíproca; ellos repugnan y condenan la esclavitud. Ya no se hechan de ver despues del establecimiento de la nueva civilizacion, esas pirámides, esos gigantescos monumentos de las artes que han sido el asombro de los siglos y de las generaciones, por que esos monumentos revelan la existencia de un pueblo esclavo condenado á trabajar entre cadenas y bajo el enorme peso de la miseria, para que gozase otro pueblo esclavo tambien, pero de las pasiones y del despotismo. Los monumentos de la nueva civilizacion serán el pensamiento de la caridad cristiana formulada en los hospitales y en los asilos de beneficencia de toda especie. Los héroes de la nueva sociedad no son ya los soberbios conquistadores que han devastado, incendiado y talado mas provincias, son aquellos hombres valerosos y fuertes que han luchado con valentia

y triunfado con gloria de los atractivos seductores del mundo, abandonando y despreciando los placeres por seguir la enseña de la cruz. Ya no se ven colocados sobre los altares y expuestos á la adoracion del pueblo el vicio y el crimen cobijados bajo la púrpura imperial y ceñidos con la corona de laurel. Los modelos que presenta la sociedad cristiana para el ejemplo é imitacion de los pueblos, son de un orden muy diverso y de una elevacion tan sublime que exceden en altura á los alcances de las especulaciones de los filósofos mas eminentes del paganismo. Entre los cuadros de este género, se presenta el de los mártires que hicieron triunfar la fé y las virtudes cristianas en medio de las hogueras y de los suplicios mas acerbos. Se hallan de reinas que descendieron humildemente del trono para labar, manosear y curar las llagas de los pobres de Jesucristo. Los hay de reyes que se distinguieron por una solicitud perseverante en procurar el bien de sus súbditos, y cuyas virtudes, si hubieran podido desplegarse en un lugar menos elevado, no hubieran merecido menos galardón; de grandes potentados que abandonados los títulos y riquezas, se arrojaron á las calles de las ciudades apestadas á recoger los pobres enfermos para conducirlos sobre sus hombros á los hospitales, sacrificando su vida al consuelo de sus semejantes y siendo víctimas de su caridad. Seria largo, muy ageno de mis miras y muy superior á mis facultades, enumerar todos los cuadros de este género que ofrecen los anales del cristianismo. En todos resplandecen las virtudes mas interesantes, los rasgos mas tiernos, la abnegacion mas sublime. Esta es la única apoteosis que ofrece la nueva civilizacion, la sociedad cristiana.

Las civilizaciones antiguas reconocian por punto general, el principio de la division y apropiacion de la tierra, pero esta era una prerogativa de castas ó al menos de clases privilegiadas, de las cuales no salia ni era posible que saliese la propiedad; todo individuo que no pertenecia á estas castas ó clases entraba en la masa comun de los esclavos, bajo diferentes nombres, bajo condiciones diversas, pero estos nombres, estas condiciones siempre contenian una idea culminante, la degradacion de los individuos, el envilecimiento de la razon. Las artes en estas variadas civilizaciones eran miradas con el mayor desprecio; el mismo alcanzaba á las ciencias que no son otra cosa que la teoria de las artes.

No necesitamos recurrir á la historia, todavia nos ofrece la India una miniatura de la civilizacion oriental para que podamos estudiar de un modo práctico y ostensible la suerte y la degradacion de la humanidad en estos pueblos. En otra civilizacion muy diversa y que nos toca mas de cerca, en la civilizacion Greco-romana, el mismo principio de asimilacion de todos los derechos políticos y de todas las prerogativas sociales á la propiedad de la tierra, producía efectos iguales, los nombres eran diversos, pero los resultados, los mismos; espartanos, ilotas; ciudadanos, esclavos; patricios, plebeyos y siervos. Los unos lo eran todo, los otros no eran nada; para los unos los goces, para los otros el trabajo y la miseria. El trabajo era forzado é improductivo, las artes estaban entregadas á la esclavitud, y las ciencias eran consideradas como materia de pasatiempo y paraban, con pocas excepciones, en manos de charlatanes ociosos.

La civilizacion moderna reconoce tambien como principio la apropiacion de la tierra, pero en ello no funda un privilegio exclusivo de castas ni de clases. Adopta la apropiacion solo como un resorte de conveniencia y de abundancia, por que la apropiacion ensancha la produccion en una escala muy considerable, por que la tierra apropiada rinde productos de subsistencia para un número incalculablemente mayor de individuos que la tierra comunal. Pero ensanchando el principio de la sociedad familiar, creando los derechos del individuo, declarando el trabajo libre, consagrándolo como un capital de propiedad tan sagrada lo menos como el terreno, haciendo este transmisible sin exclusion de clases, imponiendo la religion por otra parte á los ricos el deber inexcusable de socorrer á los pobres, se establece un órden de cosas de una naturaleza peculiarísima que difiere en la esencia y en todos los accidentes del órden constitutivo de las antiguas sociedades. La propiedad territorial ha venido á ser un capital circulante como otro cualquiera; el hombre trabajador industrial y económico está en el camino recto para llegar á ser señor y dueño de una porcion mayor ó menor de terreno, asi como el propietario disipador y vicioso navega viento en popa hacia la expropiacion y la mendicidad; el que ayer fué colono y simple trabajador hoy es propietario rico, y el que hoy goza propiedades inmensas y nada en riquezas y en abundancia, mañana vendrá él ó sus hijos á per-



(9)

tenecer á la clase de los jornaleros. Nada hay estable y permanente mas que el trabajo y la industria. Estos principios, base y fundamento de la nueva sociedad, son indestructibles, nada han podido contra ellos las leyes artificiales; los amayorazgamientos, vinculaciones y demas instituciones del mismo género, solo han podido retardar en casos particulares la trasmision y circulacion de la propiedad. Estos principios nacen de otro principio cardinal que está consignado entre los elementos primitivos de la civilizacion cristiana, la abolicion de la esclavitud y por consiguiente la libertad del trabajo.

La tierra era el primero, sino el único elemento de la riqueza y del poder de los pueblos de las civilizaciones antiguas, el trabajo es por el contrario el resorte principal de la existencia de las naciones de la civilizacion moderna. ¡Que diferencia tan trascendental y tan gráfica ofrece, señores, esta diversidad de circunstancias, que á primera vista parece de tan poca importancia, en la constitucion de los pueblos y aun en el aspecto de los paises! Por una parte hallamos pueblos de las civilizaciones antiguas ocupando un inmenso territorio de mantelado privado de poblaciones y aun de edificios, explotado por millones de esclavos encadenados para subvenir á la lujuria de una sola ciudad, de una sola casta, de una sola clase. Por otra parte hallamos en la civilizacion moderna naciones numerosísimas acomodadas en un pais de limitada extension, floreciente por el cultivo, cubierto de habitaciones cómodas, de ciudades brillantes no por la extravagante sumptuosidad de la fábrica colossal de sus edificios, sino por el primor, comodidad, y artificio de todas las cosas que conducen al bien estar de los individuos, de las familias, de los pueblos. Allí pululan por todas partes los hombres degradados postrados en tierra rindiendo un culto supersticioso al despotismo, aqui no se ven mas que hombres poseidos de la dignidad de su ser, que con el cuello erguido rinden solo señales de respeto y adhesion á los magistrados depositarios del poder público, y cuenta señores que no aludo á ninguna de las formas de Gobierno que hay establecidas en los pueblos que viven bajo la influencia del evangelio; el cuadro que yo pretendo trazar tiene mayores dimensiones, en él caben todas las constituciones políticas de todos los paises donde se profesa el cristianismo.

En los pueblos de las antiguas civilizaciones se apuran los recursos

del ingenio para inventar medios de destrucción, por que miran la población como una calamidad. En la civilización moderna, por el contrario, se ejercitan todos los medios que sugiere la caridad para fomentar la población, por que siendo el primer manantial de la riqueza y de la prosperidad del pueblo el trabajo libre dirigido por la industria, será tanto mas copioso, cuanto sea mayor el número de coloboradores. Allí se permite, aconseja, y aun se manda la destrucción de los hijos legítimos; aquí se crean hospicios y asilos para preservar á los ilegítimos. Allí se persiguen y se cazan como fieras á los individuos de las clases ó castas proscriptas; aquí se fundan hospitales para el alivio de los pobres, y se castigan con los mas severos suplicios y con los terribles efectos de la execración del cielo y de la tierra, las ofensas mas pequeñas contra la humanidad. «Imitad á los Galileos,» escribía el emperador Juliano en su calidad de Pontífice Máximo, en sus extravagantes arranques por resucitar el moribundo paganismo, «imitad su solicitud en curar los enfermos, en acoger los peregrinos, en consolar la desgracia, en socorrer las miserias de los hombres necesitados, sin preguntarles su patria ni su religión.» En efecto, señores, tenía razón el emperador Juliano, los Galileos, que este es el nombre que daba el filósofo á los cristianos, practicaban la doctrina del evangelio, del modo que describe el mismo, como uno de los testigos mas irrecusables que pudieran hallarse, por que era tambien uno de sus mayores enemigos, y echaban de este modo los cimientos de la nueva sociedad, consignando los ejemplos mas insignes de amor al prójimo.

Si los ricos se hallan obligados á socorrer á los necesitados, segun la economía de la nueva sociedad, no estan obligados los pobres al trabajo de un modo menos positivo. Á los unos se les manda dar, á los otros trabajar, estableciéndose de este modo un comercio armonioso de oficios mútuos, de servicios y recompensas, de beneficios y obligaciones que forman los fuertes vínculos y enlaces indisolubles de la sociedad. El trabajo y la industria entregan sus productos como tickets que acreditan la percepción de la porción que les cabe de los bienes que el cielo derrama sobre la tierra. Los pobres imposibilitados del trabajo piden su sustento, no en su propio nombre, si no en nombre de aquel que todo lo dá y todo puede quitarlo, en nombre de aquel que

enseña y manda la limosna, y que maldice al que cierra sus puertas al miserable, y ellos al recibir, remiten la recompensa á una parte muy elevada. De esta manera los propietarios de la tierra, los poseedores de los bienes de toda clase, no vienen á ser otra cosa que los depositarios y administradores de las riquezas que les han sido encomendadas para la conservacion de los pueblos, para la propagacion de las generaciones. De esta manera las riquezas se acumulan por una parte, se distribuyen por otra, se vuelven á acumular y á distribuir, mudan de continuo de depositarios, circulan por todos los puntos, y vivifican todas las partes del cuerpo social. De esta manera el poder, inseparable de la riqueza, no se fija en ninguna clase ni familia con un exceso que cause un desequilibrio bastante para trastornar y subvertir la constitucion social. De esta manera, por fin, el trabajo creando la industria y el comercio y desarrollando por todas partes los resortes de la inteligencia, se ha hecho el alma de la nueva civilizacion.

Pero no es, señores, el trabajo puramente material, el trabajo ciego de los esclavos, el trabajo mecánico é inanimado de las máquinas el que yo expongo á vuestra ilustrada consideracion para el objeto que me he propuesto. Es el trabajo dirigido por la inteligencia, es el trabajo dinámico de la industria, es la egecucion de las concepciones del ingenio el que dá ser á este órden portentoso de cosas que nosotros no podemos admirar bastante, por que el hábito de verlo y de gozarlo ha embotado nuestras sensaciones. Es menester haber viajado por el oriente, donde todavia se conservan fragmentos y vestigios de las antiguas civilizaciones; es menester empaparse bien en el espíritu y filosofia de la historia; es menester en una palabra tener objetos palpables y gráficos de comparacion, para poder formar una idea exacta, para poder encarecer debidamente las cosas y ponerlas en su punto. Sin embargo, señores, basta hechar una ojeada meditativa á nuestro alrededor, basta dirigir una observacion pensadora y reflexiva dentro de nosotros mismos, para concebir como el trabajo libre impulsado solo por el interes individual y por las benéficas inspiraciones de la religion, se ha desarrollado hasta el punto de crear las artes y dar ser á la industria. Como esta se ha extendido en una inmensa escala hasta llegar á abrazar en su seno el comercio. Como las necesidades siempre crecientes del desarro-

llo industrial, han dado vuelo á las ciencias. Como la prosperidad general y el bien estar individual resultantes de este estado de cosas, han producido necesidades puramente intelectuales. Como en fin, de la complicacion de los intereses y de todas las cosas que son inherentes á este arreglo social, han surgido otras necesidades de un órden superior, las necesidades morales.

He aqui, señores, el principio que ha presidido al desarrollo siempre creciente y progresivo de la inteligencia, el móvil que ha elevado á tanta altura los conocimientos humanos, el impulso que mantiene en actividad el progreso de la razon desde la fundacion del cristianismo, sin verse el fin donde tiene que parar, por que este fin es la perfibilidad que todavia estamos muy lejos de percibir. El impulso está dado y no hay fuerza que pueda detener sus efectos. Las ciencias, las artes y las instituciones sociales marchan rápidamente en un progreso necesario é inevitable. Dividida la gran sociedad regenerada en muchas naciones independientes y soberanas, esparcida la nueva civilizacion por una multitud de pueblos que tienen existencia propia, si uno se para y se coloca en una posicion estacionaria ó retrograda, es arrebatado por los demas en su rápida marcha hácia los destinos que estan señalados á la humanidad por el altísimo. Si un pueblo se extravía del camino recto, estraido á él per el torrente de la razon comun que nunca pierde los apoyos de que la ha provisto la providencia.

Asi es como el trabajo libre ha creado todas las artes, la industria y el comercio que no es mas que un ramo de industria. Asi es como la industria ha dado un vuelo tan prodigioso á las ciencias, y como estas se han rehecho á su vez sobre aquella creando nuevas artes y ensanchando y perfeccionando las antiguas. Asi es como se ha desenvuelto la prosperidad y multiplicacion de los pueblos, de la cual han surgido nuevas necesidades que han dado el ser á las ciencias intelectuales y morales. Asi es como de estas ciencias han nacido y se han desarrollado sucesivamente esas instituciones artificiosas y complicadas que forman las constituciones políticas de los pueblos. Asi es, en suma, como el campo de las ciencias se ha hecho tan vasto, los conocimientos se han multiplicado hasta tal punto, que se necesita la vida entera de un hombre para cultivar con mediano fruto uno solo de los infinitos ramos que constituyan

el saber humano.

Estas rápidas observaciones nos ofrecen en bosquejo, aun que con claridad suficiente, el estado actual de la sociedad moderna, y nos dejan vislumbrar en algun modo el porvenir de la humanidad. Propiedad territorial interesada en llevar hasta la última perfeccion el cultivo y la produccion; trabajo libre interesado tambien en apurar la explotacion hasta sus últimos quilates; artes que dirigen, aumentan y economizan los efectos del trabajo; ciencias surgidas de las artes que perfeccionan sus manipulaciones y ensanchan su dominio; multiplicacion, bien estar y prosperidad de los pueblos como consecuencia necesaria de este orden de cosas; necesidades intelectuales y morales nacidas de este bien estar y prosperidad que crean vastos ramos de conocimientos de un orden muy elevado; finalmente enlace y dependencia recíproca de todos los retazos aislados del saber, y desarrollo y progreso de la inteligencia. Tal es el cuadro que presenta la nueva civilizacion en su rápida y progresiva marcha hácia la perfectibilidad del género humano. En él se presentan en primer término con figuras de grandes dimensiones y con los colores mas vivos y brillantes, las ciencias como alma de las artes, como primeros agentes de la produccion y de la riqueza, como los móviles mas eficaces de la prosperidad de los pueblos, del bien estar de las familias, y de los goces mas puros de los individuos. Ellas se ofrecen á la vista á un tiempo como efecto y como causa de la felicidad social; como productos y productoras del desarrollo de la inteligencia; como testimonios vivos y palpitantes de la dignidad del hombre, de la fuerza y poder de la razon.

En efecto, señores, los adelantos de las ciencias y la consideracion de los sabios es la escala en que se mide la cultura, la riqueza y el poder de las naciones, y de ello no tenemos nosotros los españo'es necesidad de buscar ajenas experiencias, teniéndolas tan fragantes y decisivas dentro de nuestro propio pais. Se hallaba España en el siglo XVI casi á la cabeza de la civilizacion europea; florecía la literatura, se cultivaban con fruto las ciencias físicas y morales; todas las artes se hallaban en un desarrollo portentoso; el comercio era considerable; por todas partes brillaban la riqueza, la prosperidad y el bien estar de los pueblos. El poder del estado era imponente, inmenso, incontrastable, la bandera española tremolaba triunfante por todo el mundo conocido; la infanteria española

era el asombro de la Europa; y cuenta, señores, que hago mencion particular de la infanteria por que su fuerza y organizacion con preferencia á las demas armas, forma el caracter distintivo de los pueblos mas adelantados, mas cultos, mas ricos y mas poderosos del universo. Preocupaciones y otras circunstancias deplorables en que no me es lícito detenerme, por que caen muy fuera de mi propósito, encadenaron los progresos del desarrollo de la inteligencia en el siglo XVII y aun en el último tercio del XVI, y todo decayó con una rapidez espantosa. Se cortaron los vuelos á las ciencias, y por consecuencia casi desaparecieron las artes, y con ellas quedaron aniquiladas la riqueza y la prosperidad de los pueblos y reducido á la nulidad el poder del estado. Se atentó hasta contra los mismos principios de la civilizacion poniendo graves dificultades por medio de instituciones artificiales á la trasmision de la propiedad; pero quedó una áncora de salvacion, única, pero decisiva, la libertad personal, el trabajo libre. Los sabios eran perseguidos con furor y las ciencias anatematizadas con despecho, y sin embargo no consiguieron apagar del todo las luces, por que existia la imprenta, y contra este elemento de civilizacion es impotente el despotismo. El progreso habia sido lento y paulatino, venia desde el siglo XIII, pero la decadencia fue tan rápida que á principios del siglo XVIII, al advenimiento de la casa de Borbon al trono de España, apenas quedaban en el pais siete millones de habitantes, hallándose la tierra inculta y las artes y la industria no solo perdidas, sino hasta olvidadas. Del estado de las ciencias se podrá formar una idea justa por estas palabras notables del P. Flores historiador exacto y testigo ocular de nuestra decadencia, dichas con todo aplomo y sin ironia, *Hispanus: character, gravis; sciencia, theologus escolasticus.*

Pero lo he dicho ya, señores, el fuego del saber no pudo ser extinguido del todo; quedó, si es lícito usar de este símil, cobijado entre cenizas para volver á prender y resplandecer en mejor tiempo. El genio de las ciencias no quedó ni podia quedar aniquilado, por que existia la imprenta, producto del desarrollo de las artes, y por que el despotismo que conspiraba contra las luces, mas bien siguiendo el pensamiento de la época que movido por un espíritu de perversidad y malevolencia, estaba muy lejos de conspirar contra el evangelio que nom-

brando á los hombres hermanos, consagra la libertad personal y su consecuencia inmediata, el trabajo libre. Las luces desterradas de las universidades y establecimientos de enseñanza, se refugiaron al hogar doméstico, y el estudio privado sustituyó al estudio público. Las doctrinas oficiales enseñadas en las cátedras estaban en completo descrédito; los mismos maestros instilaban en el ánimo de sus alumnos la desconfianza de sus propias doctrinas y el desprecio de los libros de texto. Había un tribunal eclesiástico exclusivamente ocupado en perseguir los libros y á sus autores; aludo á la Inquisición; no temáis señores que en esta alusion derrame la copa de la detraction sobre una institucion que hace tiempo desapareció de nuestro suelo, y que ya pertenece á la jurisdiccion de la historia. Lo he dicho ya y volveré á repetirlo, el pensamiento que presidió á la creacion de esta y otras instituciones análogas, no fué un pensamiento de malevolencia y perversidad, fué el espíritu de la intolerancia de la época. Los ministros que asistian á este tribunal, serian, si se quiere, hombres de un celo exagerado y aun extraviado, pero por punto general eran hombres probos y justificados, y entre ellos se hallan nombres ilustres que han merecido un recuerdo de respeto y consideracion de la posteridad. Al tocar este incidente era menester en gracia del respeto debido á este lugar y á este acto, protestar contra las vulgaridades que sobre este punto se han escrito y corren sin criterio.

Se perseguian, decia, con la mayor severidad los libros y sus autores, pero los libros hallaban en la proscripcion un título de recomendacion que aseguraba su despacho, y los autores eran extrangeros por punto general, por que los españoles ocupados en leer y pensar, se ejercitaban muy poco en escribir, con muy pocas excepciones. Asi, señores, la España sin sentirlo y muy á pesar de su gobierno, se hallaba arrastrada por el torrente general de la civilizacion, y dispuesta á sacudir las trabas que detenian los vuelos de la inteligencia. ¿Que significa, señores, ese estado violento y convulsivo en que se halla la nacion desde principios del presente siglo, sino significa la lucha de la civilizacion progresiva contra el poder retrogrado, de las luces del saber contra las tinieblas de la ignorancia, de la ciencia contra el empirismo?

Preciso es decirlo en gracia de la justicia, en medio de esta época de retrogradacion ocupó el trono español un monarca, cuya memoria se conserva y

se conservará mucho tiempo con gratitud y ternura entre los españoles, que dió un impulso eficaz á las artes y á las ciencias, y que hizo esfuerzos heróicos por promover la prosperidad pública. Él tuvo que luchar y luchó durante todo su reinado contra preocupaciones añejas, contra clases poderosas, contra intereses prepotentes, y aun que no pudo hacer todo el bien que deseaba, y plantear de lleno todas las reformas y reparaciones que exijia el estado decadente y abatido del país, hizo sin embargo bastante para merecer bien de la patria, y para obligarme á mí á consagrar á su memoria este pequeño tributo de respeto y gratitud en ocasion tan solemne y ante una reunion tan ilustrada y escogida. Él tuvo una tendencia decidida á reconciliar la córte con las luces, él protegió y acarició á los sabios, él ensanchó la enseñanza mejorando los reglamentos, él estableció nuevas cátedras sobre materias políticas delicadas, siempre repugnantes al poder; él creó las sociedades económicas, estableció museos, escuelas de bellas artes, hospicios; él promovió las buenas doctrinas canónicas; él abrió caminos, inauguró canales, y en suma, señores, seria interminable la nota de los desvelos que este ilustrado soberano dedicó á los progresos de la civilizacion y al fomento de la gloria y prosperidad de su patria. Justo es pues, que el nombre de Carlos III resuene en todos los actos públicos consagrados á la enseñanza, de la misma manera que adorna y condecora su respetable busto los salones de los museos, de los asilos benéficos, de las escuelas de bellas artes, de las cátedras de historia natural y de la mayor parte de los establecimientos útiles que se hallaban esparcidos por todo nuestro suelo, al tiempo de inaugurarse la nueva era de reorganizacion que está pasando por nosotros.

Pero no son indiferentes los resultados ni son baratas las ventajas que se obtienen á beneficio del estudio subterráneo, y de la meditacion solitaria. La imaginacion se exalta y toma mucho mayor parte que el juicio en el desarrollo intelectual, las pasiones enseñorean el discurso, la razon individual no puede ser rectificada por la razon comun. La juventud toma la iniciativa en el movimiento moral; los errores se pronuncian en voz baja con una solemnidad sacramental, y concluyen por eligirse en principios y en dogmas. En una palabra el fuego oculto y abrigado entre cenizas rompe como la explosion de un volcan. Hé



res revelaría una calamidad del peor género. Las naciones no son más cultas por que haya mayor número de individuos que profesen las ciencias, sino por que haya quien las profese con fruto para las artes, con ventajas para la civilización y con gloria para la patria. Las ciencias no se prestan tampoco á la solicitud de cualquiera, se necesitan dotes especiales que concede el cielo con parca mano, y una vocación particular para penetrar en su santuario.

Los institutos de segunda enseñanza son los establecimientos destinados á comprobar esta vocación y esta idoneidad. El cultivo de las ciencias superiores requiere conocimientos preliminares, exige preparaciones esquisitas; sin estas circunstancias es en vano querer aspirar á la posesión de ningún ramo profundo de conocimientos. Todas las ciencias presuponen una preparación, comun en su mayor parte; en todas ellas se necesita poseer una porción de nociones elementales y rudimentarias, sin las cuales es imposible dar un paso con utilidad y aprovechamiento. Esta es la instrucción que se suministra en los institutos, y este es el objeto de lo que se llama instrucción secundaria. Aun hay más, en estos establecimientos que se hallan diseminados por todas, ó por casi todas las provincias del reino, al alcance de todos los españoles, se desarrollan las facultades intelectuales, se pronuncian las inclinaciones y se hacen ostensibles los talentos y las disposiciones. Esta es la piedra de toque donde se ensaya la aptitud de la juventud para las ciencias respectivas. Después de estos ejercicios es imposible equivocarse sobre los provechos que puede reportar de los estudios, y sobre el género de conocimientos á que está destinada por el genio. El que sale de estos ensayos preliminares con una conocida ineptitud, con una aversión decidida á las letras, puede estar seguro de que lo llama su estrella hácia otra parte; quizás los talleres le preparan una suerte y una corona que le niegan las Musas, no debe perder el tiempo, es menester pues probar otra fortuna.

Esta es una institución enteramente nueva, debida al gobierno de la regeneración, y no conocida antes del reinado de Isabel II. La segunda enseñanza ó no existía, ó solo existía en aquella parte que era conducente á los estudios eclesiásticos. El limitado número de conocimientos que se administraba, estaba circunscrito á los seminarios concilia-

res en un todo dependientes de los Prelados diocesanos, á algunos conventos y á algunas cátedras de lo que llamaban filosofía, establecidas en las universidades. La enseñanza de los seminarios y de los conventos estaba bajo la inmediata dependencia del poder eclesiástico; las universidades crean mas independientes, pero su emancipacion estaba muy lejos de ser completa. Las doctrinas eran añejas asi como lo eran los textos oficiales, los cuales eran casi invariables. La segunda enseñanza, que mas bien se conocia por el nombre de filosofía, consistia por punto general en la agitacion de unas cuantas cuestiones vanas, ociosas y destituidas de interés para el progreso de las artes. Asi pues el desarrollo intelectual aun en las épocas mas favorables, era cuando menos estacionario. El Estado con la creacion de los institutos y con la promulgacion de reglamentos oportunos, emancipó de todo punto la instruccion pública del brazo eclesiástico, dejándole solo la debida inspeccion en aquellas materias y establecimientos, en que es conveniente que la tenga, y este es otro progreso de grande interés para las ciencias y para la prosperidad del pais.

No quiere esto decir que las doctrinas de la Iglesia sean en ningun modo contrarias al progreso de la razon, ni tampoco que los eclesiásticos hayan sido esencialmente enemigos de las luces. Esto quiero decir únicamente que los hombres dedicados al culto han circunscrito principalmente su atencion á los estudios ascéticos y morales, y que habiéndose desarrollado en una vasta escala los demas ramos de conocimientos, han llegado á necesitar una direccion y un régimen especiales. Por lo demas, la iglesia cristiana profesa una doctrina santa, eminentemente social, y que contiene en sí todos los elementos de la nueva civilizacion. La iglesia no es otra cosa que la misma sociedad regenerada por el evangelio. El poder eclesiástico puede decirse que es el que ha encendido de nuevo las luces del saber, sepultadas bajo los escombros de la antigua civilizacion. Cuando los Vicarios de Jesucristo, los sucesores de los Apóstoles y el clero católico luchaban por el pueblo contra la opresion del feudalismo, y contrastaban las demasias de los barones con las armas del ejemplo, de la predicacion y de los mas terribles anatemas, erigian las universidades en frente de los castillos feudales, levantando en ellas la bandera de la libertad del género humano. Hé aqui por que todas las universidades estaban fundadas en virtud de letras apostólicas, y por

que la santa Sede ha conservado en ellas hasta hace muy poco tiempo una especie de representacion en el oficio de los Cancilleres. Es por que en la edad media, cuando todo estaba destruido, cuando por todas partes se enseñoreaba la barbarie, cuando nadie se acordaba de las letras ni de las ciencias, los sumos pontífices y los sacerdotes acariciaban el genio del saber, y llamaban los pueblos á la cultura de la nueva civilizacion. ¡Cuantos servicios no deben las letras y las ciencias á los monges de la edad media! ¡Quien seria capaz de enumerar los nombres de los eclesiásticos que han sobresalido por sus sabias producciones en todos los ramos del saber humano! Permítaseme esta breve digresion en gracia de la claridad con que quiero consignar mis opiniones.

Pero otros son ya los tiempos y otras tambien las necesidades; el campo de los conocimientos humanos se ha dilatado prodigiosamente, y sus aplicaciones se han hecho universales; ellas se extienden á todas las artes de que se compone la industria, á todos los ramos del comercio, á todos los medios de administracion y gobierno; ellas se han identificado con todos los resortes de la existencia de las naciones y de los individuos; ellas influyen demasiado en los fines de la sociedad, en el bien estar de las familias y en la seguridad y poder del Estado, para que otro poder que no sea el Estado mismo, se ponga al frente de la direccion de la enseñanza. Bajo estos principios se han creado los institutos bajo la proteccion del Gobierno. Esta institucion ha dado frutos opimos y fecundos; todas las provincias, todas las poblaciones de alguna importancia los han solicitado con fervor, y los han mantenido con constancia una vez conseguidos, y esta es una prueba tan incontestable de la verdad de los principios, que al paso que me dispensa de adueir otras, no nos permite dudar del acierto de los medios ni de la seguridad de los fines. Mucho se ha hecho pues para difundir la enseñanza, pero aun falta mucho mas que hacer, lo cual es obra del tiempo y de la experiencia; basta con haberse puesto en el verdadero camino y haber adoptado de lleno los buenos métodos acreditados en los paises mas cultos. Uno de los institutos mas antiguos, si acaso no es el primero, es el de esta provincia, cuya apertura para el curso de 1850 al 51 abrimos en este acto solemne. Inutil es que yo hable de su concurrencia y de su aprovechamiento, cuando los ilustrados individuos que me dispensan el ho-

nor de escucharme son de ello testigos; públicos han sido los exámenes; públicos todos los actos literarios; públicas las lecciones; nada pues, pudiera yo decir sobre estos puntos capitales que no sea conocido de este respetable y entendido auditorio. Concluiré consignando los mas fervientes votos por su fomento y consolidacion, y expresando la esperanza que me anima de que bajo los auspicios del Gobierno, con la benévola proteccion de las autoridades, y corporaciones á quienes compete, con la celosa cooperacion de la Junta inspectora, con la perseverante laboriosidad del digno Director que está á su frente y del ilustrado y distinguido cuerpo de profesores encargados de la enseñanza, al cual desde este momento dejo de tener el honor de pertenecer, siendo este el último acto que desempeño en cumplimiento de mi deber; es de esperar decia que este establecimiento contribuirá á ilustrar el reinado de la Reina y á promover la gloria y la prosperidad de la Patria.—JUAN ALIX.





